

## SI EL MUNDO ES MÁS DIGNO DE RISA O DE LLANTO

*La prosa de ideas de la segunda mitad del siglo XVII es mucho más rica en el mundo ibérico de lo que suele pensarse. Sólo por inercia creemos que en los tiempos de la Contrarreforma se acabaron, poco a poco, las ideas en lengua española. Se pasa por alto que los casos de Gracián, Sor Juana y Sigüenza no fueron solamente excepciones; que tenía que existir un ambiente que posibilitara la descolante obra de aquellos, los mejores. El reciente trabajo que dio con la publicación del Panegírico a la paciencia de Sandoval y Zapata es sólo un caso, muy importante, entre los muchos posibles.*

*A grandes rasgos, la prosa de la segunda mitad del siglo XVII juega entre dos estilos: el humanista, proveniente de Vives, de Valdés, discípulos de Erasmo, y el estilo barroco basado en la retórica aristotélica. La Contrarreforma debilitó las fuentes humanistas al colocar a Erasmo, entre otros, en el índice; pero el auge de los jesuitas —Gracián y Sigüenza, por ejemplo— cobijó una buena cosecha de prosa conceptista y culterana. Es cierto que al mirar con malos ojos a la novela y a la prosa libre y asociativa del humanismo, el "ruedo ibérico" se cerró a sí mismo las posibilidades de acceder a la verdadera ilustración, y que, al alentar una prosa recargada de técnica retórica, estaba poniendo a funcionar una maquinaria de concetti que terminará por extinguirse ya cansada. Pero, antes de su ruina, la prosa en lengua española alcanzó a lanzar unos cuantos magníficos fuegos de artificio.*

*Tal es el caso del texto que aquí presentamos. Antonio de Vieira es el autor del "Sermón del Mandato" contra el cual Sor Juana escribió su Carta Atenagórica. Este jesuita nació en Lisboa en 1608, vivió en Babia, Brasil, y en Roma, como confesor y filósofo de cámara —puesto en el que sucedió a Descartes— de la recién abdicante Reina Cristina de Suecia. Se trata, tal vez, del mejor autor de sermones y discursos de la lengua portuguesa (aunque también escribió mucho en italiano y castellano). El Heráclito defendido proviene de uno de los debates más concurrecidos en la filosofía ibérica de aquellas épocas. No es desconocido el Heráclito cristiano... de Quevedo. Ya Octavio Paz ha trabajado sobre la idea que se tuvo de Heráclito en el siglo XVII; el acercamiento que hace el padre Vieira confirma lo dicho por Paz: Heráclito es el filósofo que llora, en contraposición al Demócrito que ríe. El tema del debate propuesto por la Reina Cristina es si el mundo es más digno de risa o de llanto. El discurso de Vieira es uno de los ejemplos "del amor de ese siglo por la paradoja y el concetto" (Las trampas de la fe, p. 133), lleno de pequeños silogismos y argumentos; símiles e imágenes que muestran una extraordinaria capacidad y eficacia retórica, además de una buena pieza de literatura.*

*Agradecemos a Guillermo Tovar de Teresa no sólo el texto sino la investigación que condujo a dar con él.*

### NOTICIA PREVIA

En la Academia que en Roma tenía en su palacio Madama Cristina, Reina de Suecia, con asistencia de muchos señores Cardenales y Monseñores, se propuso un problema en el año de 1674, cuyo argumento fue: si el mundo es más digno de risa o de llanto y si quién acertaba mejor, Demócrito que reía siempre o Heráclito que siempre lloraba. Y encargando las dos causas, para que cada uno defendiese la suya, a los Padres Gerónimo Cataneo y Antonio de Vieira, ambos de la Compañía de Jesús. El Padre Antonio de Vieira dio a escoger al Padre Gerónimo Cataneo, y éste escogió, para defenderle, la causa de la risa en Demócrito y, habiéndole defendido con mucha elocuencia, se siguió después de él el Padre Antonio de Vieira a defender la del llanto en Heráclito, ambos en lengua italiana y traducida en la española.

La del P. Antonio de Vieira es la que se sigue.

### HERÁCLITO DEFENDIDO

**S**IGUE EL LLANTO A LA RISA, y así viniendo el llanto después de la risa, en su propio lugar viene el llanto. Si la risa fuera como Jano, *qui sua terga videt*, la misma risa lloraría. No desconfió el llanto de su causa, pero envidiaba a la risa su fortuna. Si el llanto y la risa aparecieran juntos en este gran Teatro, vestidos en su propio traje, esto es el uno y el otro desnudos, sería sin duda del llanto la victoria; pero armada la risa y vestida con las galas de tan superior elocuencia, que la risa se ría del llanto no es mérito sino ventura. De todo cuanto ríe se arma y se adorna la risa. Ríen los prados y salen vestidos de flores. La Aurora ríe y sale adornada de luces. Y si los relámpagos, los truenos y los rayos fueron llamados de la antigüedad *Risus vesta, & vulcani*, entre tantos truenos y rayos de elocuencia, ¿quién no juzgará al mísero llanto ciego, atónito y asombrado? Tal es la fortuna, o la naturaleza de estos dos contrarios. Por eso nace la risa en la boca, como elocuente, y el llanto en los ojos, como mudo. Más si, *interdum lacrimae pondera a vocis habent*, por eso, mudo, lloroso y de triste luto vestido, como solían los reyes en la plaza y senado de la antigua Roma, se presenta hoy el llanto delante de la Majestad de un folio real y de sus eminentísimos jueces, esperando aquella piedad y conmiseración que jamás los espíritus magnánimos y generosos a los miserables negaron.

Entrando pues en la cuestión, si el mundo es más digno de risa o de llanto, y si a vista del mundo mismo tiene más razón quien ríe, como reía Demócrito, o quien llora, como lloraba Heráclito, yo, para defender según la obligación que me ha puesto la parte del llanto, confesaré una cosa y diré

otra. La que confieso es que la primera propiedad de lo racional es lo risible, y la que digo, que la mayor impropiedad de la razón, es la risa. El apoyo que tengo es, para mí, evidencia: y es el mismo mundo el apoyo, y no el mundo solo, sino todo el mundo. Quien verdaderamente le conoce, forzosamente ha de llorar: y quien ríe, o no llora verdaderamente, o no le conoce.

¿Qué es verdaderamente el mundo sino un mapa universal de miserias? Lamentables desventuras le componen. Sembrado está de riesgos y de sirtes. Nada más que dolores y lágrimas produce su terreno. Tempestades le amenazan siempre y furiosas borrascas le anegan. Y como es trágico Teatro de desgracias, no habiendo reino que con inconstancias no zozobre, ciudad que con inquietudes no gima, casa que con desgracias no lamente, es tragedia que siempre dura, aunque continuamente se vaya mudando la escena. Porque cada sol que nace es una cometa, cada día que pasa es un estrago, cada hora, una ruina y cada momento mil peligros. Pues ¿qué hombre habrá que, siendo humano, no llora? Si no llora, prueba que le falta la razón y, si ríe, prueba que también las fieras son risibles.

Pero si Demócrito era hombre, y tan sabio filósofo y tan excelente, y no sólo veía este mundo, sino muchos mundos, aquellos muchos mundos, digo, que él se imaginaba que veía, ¿cómo reía? Quizá me diréis que se reía no de este mundo nuestro, sino de aquellos mundos suyos. Y tendréis razón; porque ciertamente aquellos mundos suyos no eran compuestos de otra materia, que de risa. Pero no es menos cierto que él se reía de este mundo y en este mundo, ¿cómo, pues, se reía y se podía reír Demócrito de este mundo y de las mismas cosas que en él veía, y lloraba Heráclito? Ahora, señores, yo digo que Demócrito no reía, sino que Demócrito y Heráclito ambos lloraban, pero con diferente modo.

Que no reía Demócrito lo pruebo. Demócrito reía siempre. ¿Luego, nunca reía? La consecuencia parece dificultosa y es evidente. La risa, como dicen todos los filósofos, nace de la novedad y de la admiración. Por eso, cuando vemos alguna figura ridícula u oímos algún dicho gracioso, luego nos reímos; y pasada aquella primera admiración, como cesa la novedad, cesa luego la risa. Pues, como Demócrito se reía de las costumbres y de desconciertos del mundo y aquello que es ordinario y se ve siempre, no puede causar admiración; se sigue que, si reía siempre, nunca se reía. Ni se puede decir que Demócrito se excitase a reír de algún objeto que casualmente encontrase o viese de nuevo, porque siempre y en cualquier parte reía. Cuando salía de casa, ya salía riendo; luego, reía de lo que ya sabía; luego, reía sin novedad ni admiración; luego, aquello que parecía risa, no era risa. Y el mismo motivo que tenía Demócrito en reír confirma más esta verdad, porque la risa verdadera no se mueve, ni se puede mover, sino de lo que agrada y, nada de lo que movía a Demócrito a reír, le agradaba; antes le desagradaba todo. Luego, Demócrito no reía. Pues, si no reía, ¿qué era aquello que siempre estaba haciendo y nosotros llamamos risa? Ya he dicho que era llanto y que lloraba, pero lloraba de otro modo. Ahora, oíd.

Tres maneras hay de llorar: hay llorar con lágrimas y hay llorar sin lágrimas y hay llorar con risa. Llorar con lágrimas es señal de un dolor moderado, llorar sin lágrimas es señal de un dolor más crecido, llorar con risa es señal de un sumo

y excesivo dolor. Para prueba de los dos primeros modos de llorar, o con lágrimas, o sin ellas, es lindo caso aquél que nos refiere Erodoto de Samnito, rey de los Egipcios. Perdió su reino y, después de haberle perdido, lo primero que le pusieron a los ojos fue el espectáculo tristísimo de unas hijas suyas (*sic*), en hábito de esclavas y no lloró Samnito. Vio luego su hijo primogénito cautivo, cargado el cuerpo de cadenas, esposas en las manos y en la boca un freno, y no llora Samnito. Pero, éste mismo al mismo tiempo y con el mismo corazón, viendo que pasaba mendigando un antiguo criado suyo, se comenzó a resolver en lágrimas. ¡Oh! gran Rey, gran intérprete de la naturaleza. La desventura del criado la llora con lágrimas, pero sin lágrimas la de sus hijos. Y preguntando la causa, así le respondió a Gambiles. *Domestica mala graviora a sunt, quam vi lacrymas recipiant*. Lágrimas en desgracias grandes no nacieron en los ojos para acreditar lo mucho de la pena, sino para desacreditarle al corazón la grandeza de su dolor. Con el mismo pensamiento, Hécuba, y con el mismo ánimo, no menos real y varonil, perdida la corona y arruinada la patria, les prohibía las lágrimas a las damas de Troya, diciéndoles así:

Quid effuso genas fleturigatis...

Levia perpesse sumus, si stenda patimur.

El dolor moderado saca las lágrimas, el grande las embarga y las vela. Dolor que puede salir por los ojos no es gran dolor. Por eso, pues, no lloraba Demócrito, porque era poca demostración de su dolor llorar con lágrimas o sin ellas; y para exagerar su mayor dolor, no lo significaba llorando, sino riendo. No digo cosa que se oponga a los principios de la buena filosofía; lo que se toca con la experiencia, digo. Lo moderado y lo excesivo, dentro de la misma materia, producen efectos contrarios. La luz moderada hace a los ojos ver; la excesiva los ciega. El dolor que no es excesivo nos hace dar voces, el muy excesivo nos hace enmudecer. Así también, la tristeza moderada hace llorar, pero, a la muy excesiva no la (*sic*) queda que hacer sino reír. El ejemplo tenemos en estos dos contrarios: en la alegría, digo, y en la tristeza. La alegría muy excesiva hace llorar no solamente a los corazones tiernos y templados; más bien a duros y bravos. Cuando Minutio, libre ya de la servidumbre que había padecido, se presentó a su ejército, que era el Romano: *In letitiam tot a castra a effussa sunt, ut pragaudio militibus omnibus lacrymae manarent*, dice Plutarco. Fue la alegría tanta que le hizo exprimir lágrimas a la fiereza de los soldados. Si una grande alegría, pues, exprime llanto, una suma tristeza, ¿por qué no exprimirá risa? La ironía suena una cosa y significa la contraria. La risa de Demócrito era una ironía del llanto. Reía, es verdad, pero por ironía, porque su risa nacía de tristeza, y verdaderamente tristeza significaba, pero sonaba a risa; pero ¿qué risa? Una risa llanto verdadero: porque era risa por ironía. Lágrimas derramaba Demócrito, pero lágrimas transformadas en risa por la metamorfosis del dolor. Era risa, pero llorosa, como aquella de quien dice Estacio *Lacrymosos impia risus auditi* (?). Muchos soldados han muerto en las batallas riendo; y la razón es, dice Aristóteles, porque recibieron las heridas en el diazón y en la diazón. No reía Demócrito de contento, de herido reía. Recibía en el corazón todas las heridas del mundo y así, mal herido, reía. Los ojos solamente se pudieran

quejar de esta mi filosofía, pero sin justicia. No son ellos solos los que lloran, también en las manos hay llanto. Así lloraba Proserpina, no con los ojos sino con las manos: *Planctuque lacertos vertebat*. Y la otra, de quien Ovidio: *Pectora nuda meis conabar plangere palmis*.

No fuera pródiga la naturaleza si, habiendo formado tantos dolores, les hubiera dejado un solo desahogo. Y si lloran las manos, ¿los labios por qué no llorarán? Heráclito lloraba con los ojos. Demócrito lloraba con los labios. El llanto de los ojos es más tierno, el llanto de los labios es más fuerte, y tal era el llanto de Demócrito. De manera que, en mi concepto, no sólo Heráclito, sino también Demócrito lloraba. Con una sola diferencia: que el llanto de Heráclito era más natural; el llanto de Demócrito, más exquisito y todo lo merece este mundo, digno de nuevos y exquisitos modos de llorar para ser bastante llorado.

Pero, porque parece que con este discurso me aparto del problema, por huir, como tal vez sucede, la dificultad, sea en hora buena, verdadera y propia risa, la risa de Demócrito. Comparezcan aquí los dos filósofos, el uno con su llanto y el otro con su risa y, en presencia de ambos, se controviera la cuestión, y se aleguen las razones de cada uno, que yo confío en el mérito de la causa, que la justa sentencia, sea tal que Demócrito salga llorando y Heráclito riendo.

Hablando Séneca de estos dos filósofos en el libro *De Tranquillitate* da la razón de por qué Demócrito siempre reía y Heráclito lloraba siempre. *Hic (dice) quoties in publicum processerat flebat, ille ridebat, quia buic omnia. quae aegimus, miseria ille ineptiae videbantur*. De modo que Demócrito siempre reía porque todas las cosas humanas le parecían necedades, y Heráclito lloraba porque le parecían miserias. Luego, mayor razón tiene Heráclito de llorar que Demócrito de reír. Porque en este mundo hay muchas miserias, que no son necedades, y no hay necesidad alguna que no sea miseria. Las miserias y trabajos que padecen los mortales, o por necesidad de la naturaleza, o por remedio de la mala fortuna, o por el sustento de la vida, o por conservar su estado o público o particular, son miserias, mas no necedades; antes son ordenados por la prudencia para soportar el hombre las necesidades y buscar las conveniencias a la honestidad y decoro. Por el contrario, las necedades que en el mundo se hacen, se dicen o se piensan, todas son miserias, porque todas tienen el ser, o por error del entendimiento o por desorden de la voluntad. Y estos errores y desórdenes no sólo son miseria, pero la mayor miseria; porque se oponen directamente a la luz y al imperio de la razón, en la cual consiste toda la nobleza y felicidad del hombre. Éste, por las otras miserias, queda fatigado y dolorido, pero, por éstas, verdaderamente mísero y desdichado. Y aunque unas y otras miserias son dignas de lágrimas, las lágrimas de las necedades son lágrimas de peor color, porque hacen salir los colores a la cara; aquellas otras, no. Y es definición, que con buena filosofía, halló el ingenio de Ovidio en el llanto de Penteo:

Essemus miseri sine crimine, sorsque querenda...  
non elanda foret: lachrymae que pudor e carerent.

Y como no todas las miserias son necedades, y todas las necedades son miserias, mucha más materia y mucha más razón tenía Heráclito de llorar, que Demócrito de reír.

Antes digo que Heráclito, él solo tenía toda la materia de llorar y Demócrito ninguna de reír. Porque la materia de Heráclito eran todas las miserias humanas. La materia que se tomaba Demócrito no era más que una parte de las mismas miserias y como toda miseria es materia de dolor y ningún dolor puede ser materia de risa, la risa de Demócrito no tenía materia alguna: era una risa que se quedaba sin materia y, así también, su risa era necesidad. Y por eso era miseria y, por eso, digna de llorarse con las demás miserias.

Quizá me dirá alguno muypreciado de metafísico, que Demócrito distinguía, en la necesidad, aquella parte de necesidad de la otra parte de miseria, y que se reía de la necesidad, no en cuanto era miseria, sino en cuanto era necesidad. Pero esta distinción, fuera de ser indigna de un filósofo moral, es falsa e imposible porque es contra la naturaleza y esencia del objeto de la risa. El objeto de la risa es lo ridículo, como lo define Aristóteles. *Est turpe sine dolore*. Esto es lo mismo que decir que el objeto de la risa debe ser una deformidad que excluya todo motivo de dolor, y como la necesidad está siempre y necesariamente junta con el motivo del dolor, porque toda necesidad es miseria, se sigue que ni es, ni puede ser, materia de risa.

Y esta es la verdadera razón por la cual, en el sentir de todos los filósofos, se inventó la comedia. Vieron los sabios que gobernaban las repúblicas que, para desahogo, alivio y recreación de los pueblos, era necesaria alguna materia de risa y, porque la risa no podía caer sobre deformidad o vicio verdadero, por la trabazón natural que tiene con el dolor, ¿que hicieron? Inventaron sabiamente la ficción de la comedia, para que lo ridículo de la imitación pudiese estar separado de lo verdadero del dolor. Un cojo con un pie de palo, una vieja decrepita y temblando y un pobre andrajoso y lleno de llagas, un ciego, un frenético y un insensato, en el teatro hacen reír. Y ¿por qué? Porque aquellos defectos son fingidos y no verdaderos, que al ser verdaderos, no fueran materia de risa, sino de lástima y conmiseración. Y como los defectos de que se reía Demócrito eran verdaderos vicios, la risa de Demócrito no tenía materia alguna; pero, si no tenía materia alguna, ¿cómo reía? Reía por abuso y por abuso intolerable de la materia, pues era la materia contraria, dándole a la risa la materia que le toca al llanto; y así reía de lo que verdaderamente había de llorar. Filosofía inhumana y contraria a toda razón, enseñada solamente en la escuela de la envidia, de quien dice el Poeta:

Risus ab est, nisi quem vixi movere e dolores.

Y si el fin de estos dos filósofos era, como es cierto, manifestar al mundo el desconcierto de su estado, y persuadir a los hombres los errores de su juicio, el desorden de sus deseos y la vanidad de sus fatigas, también en orden a este fin tenía mucha más razón Heráclito de llorar que Demócrito de reír.

La primera diligencia y maestría que cualquiera que intenta persuadir, enseñada y practicada de todos los buenos oradores, es captar y conciliar la benevolencia del auditorio. Y esta la conseguía Heráclito, y no Demócrito. Porque quien llora mueve a compasión; quien ríe, a desagrado; y la compasión concilia amor, el desagrado, desdén y aborrecimiento. Quien ríe haciendo burla, como lo hacía Demócrito, ofende y exaspera. Quien llora, como Heráclito, lastima y enternece; y el

que quiere imprimir sus afectos, y su enseñanza en los corazones, no ha de exasperarlos, sino enternecerlos. El labrador, para coger fruto, riega las plantas; el impresor, para estampar bien la letra, humedece y baña primero el papel; lo mismo debe hacer con las lágrimas el que quiere imprimir sus afectos y coger frutos con su persuasión.

Esta fue la industria ingeniosa y poderosa de Ulises en aquella su famosa oración contra Ajax en la controversia sobre las armas de Aquiles. Pudo Ulises fiar mucho de aquella su grande elocuencia, pero más fió de adornar su exordio con lágrimas y, porque no las tenía verdaderas, las fingió. *Manuque simul velun lacrymantia tersir lumnia*. Estregóse los ojos con la mano, a guisa de quien llora. No de otra manera debía hacer Demócrito, aunque fuese contra el natural burlesco de su genio; debía aprovecharse de la boca, no para reír, sino para humedecer los ojos y fingir lágrimas, ya que no las tenía. Así lo enseña, con su grande y natural grandeza aquel maestro, que profesó en Roma el arte de conciliar amor y atraer a él los corazones.

Si lachrymae (neque enim veniunt in tempore semper).  
Deficient uncta lumina tinge manu.

Ya pues en cuanto a la eficacia y a la valentía para persuadir, mucha más fuerza y eficacia tenía Heráclito llorando, que Demócrito riendo, porque quien ríe atenúa y aligera los males; quien llora, los exagera y los agrava. Quien ríe los trata y manifiesta como cosa de burla; quien llora, prueba que son dignos de llantos y gemidos. Quien ríe por ejemplo y simpatía, mueve a reír; quien llora por ejemplo y por razón, mueve y enseña a llorar, porque si mis males son tales que mueven a lágrimas a los otros, cuánto deberé llorar yo, que soy quien los padezco.

Finalmente, Demócrito siempre reía, y Heráclito lloraba siempre. Y este *siempre* más está por parte de Heráclito, que por parte de Demócrito; antes es contra él. Por parte de Heráclito, porque por lo mismo de ser su llanto *siempre* y continuo lo hacía más eficaz. Y al contrario a Demócrito, por ser *siempre* y continua su risa, lo hacía ridículo. No es censura nueva, ni mía, sino muy antiguo apotegma de un tan gran filósofo como Plutarco. La risa, decía él, si es poca pasa, si es mucha ofende. Pero ¿a quién? Al mismo que siempre ríe, porque quien ríe y burla mucho, riendo y burlando siempre de los otros, le hace a sí mismo burlesco y ridículo.

Tuvo tal vez ese defecto Cicerón, como se ve en sus oraciones y no se salió en dulce. Solía responder riendo a los argumentos de la parte contraria, que es una solución muy fácil cuando los argumentos son dificultosos. Pero, ¿qué alabanzas saca Cicerón de esta su risa? Plutarco lo dirá. Defendía Cicerón a Murena, siendo Cónsul y haciendo burla de la doctrina de los estoicos, se rió pero, no sufriendolo, Catón exclamó: *Dy boni, quám ridículum habemus Consulém*. Con mucha más razón podía exclamar contra Demócrito, porque reía siempre. Y así se hacía más ridículo; y haciendo burla del juicio de los otros, hacía más digno de burla el suyo. Los niños son fáciles en reír y los mentecatos ríen muy ordinariamente. Y ¿por qué? Los niños, dice Aristóteles, porque tienen poco juicio. Los mentecatos, porque no tienen ninguno. Y verdaderamente creo que no le hago alguna grave injuria a Demócrito, porque hombre que en este mundo tantos mundos

imaginaba, es señal que tenía las especies turbadas y mal sana la fantasía. ¿Porque cómo, si no es por falta de juicio, anduviera siempre con tal risa?

Al contrario: el llanto de Heráclito, por ser continuo, se hacía, para mover, más poderoso y eficaz. *Lacryma cito succatur praesertim in alienis malis*, decía Tulio. Luego, siendo el llanto de Heráclito por males ajenos y no cesando de llorar, no podía haber corazones tan duros y obstinados que no se ablandasen y moviesen con tal género de llanto. Eran las lágrimas de Heráclito como las gotas de agua, que siempre van cayendo, las cuales van limando suavemente y enterneciendo poco a poco los mármoles hasta que finalmente los vencen. ¿Más que digo, los mármoles?

*Lacrymis adamanta movebis* dice con atrevida, pero con verdadera ponderación, Ovidio. Las lágrimas, como las llamó el mejor filósofo de Grecia, son sangre del alma; y ésta es la sangre verdadera, no aquella fabulosa que rompe los diamantes.

El corazón duro y más diamantino (como tantas veces se quejaba Agamenón) fue el corazón de Aquiles pero, con todo eso, fiaba Briseida tanto de sus lágrimas que, sin decir una palabra, como hacía Heráclito, se factaba ella que con las suyas lo quebrantaba, lo desmenuzaba y convertía en polvo. Así, dice ella, en aquella su discreta Epístola, que escribe al mismo Aquiles:

Sic licet immitis manisque ferocior undis.  
Vitacem Lacrymis comminuere meis.

Tal era la eficacia invencible del llanto de Briseida y tal la de Heráclito y tal la debilidad ridícula de la risa de Demócrito.

Yo, con todo eso, no quiero que sea mía la sentencia en la causa de estos dos filósofos. Sea de otro que pueda compararse con ambos. Del gran filósofo Dion, el cual hablando del llanto y de la risa, según lo refiere Stobeo, concluye así: *Mibi sana facies magis ornari videtur lacrymis, quám risu*. *Lacrymis enim, ut plurimum bona aliqua doctrina coniungitur; risuú veró lascivia: & sündo quidem nemo sibi conciliavit autbrem contumelia ridendo autem spem de decoris auxilii*. Esta es, veisla aquí señores, la sentencia en este nuestro pleito.

Pero dejando ya la risa de Demócrito anegada en el llanto de Heráclito, yo para concluir me vuelvo a mi primer argumento, del cual es la prueba todo el mundo. ¿Qué esperanza, qué puesto, qué lugar puede tener en este mundo la risa, si todo el mundo llora y enseña a llorar? Lloran los hombres como racionales y sensitivos y, hasta las cosas, que carecen de razón y de sentido, lloran, que ésas son aquellas lágrimas que llamó el Príncipe de los Poetas, lágrimas de las cosas.

Sunt lachrymae rerum, & mentes mortalia tangunt.

No se hallan solamente las lágrimas en los ojos que ven; sino también se hallan en las cosas vistas. Allí está la fuente, aquí el río. Allí se forman las lágrimas, aquí brotan. Y si las mismas cosas que no ven, lloran, ¿qué hará el hombre que ve las cosas y se ve a sí mismo? No llamo en mi favor a los miserables e infelices, sino a los que en este mundo se tienen por más dichosos y bienaventurados. ¿cuál hombre lo puede ser tanto, en este mundo? ¿Quién tan dichoso y bienafortunado,

que se pueda alabar de que no llora? Aquellos mismos a quienes vemos reír por de fuera, están llorando por de dentro. Aquí en Roma, vivió antiguamente un cortesano que andaba llorando continuamente, no tanto sus males, cuanto los bienes de los otros; llamábase Heros, de él y de su llanto dice Marcial así:

Quam multi faciunt, quod Heros sed homine sicco?  
l'ars malor lachrymas ridet, & intus habet.

¡Oh! si este intus se pudiera ver. Son como el río Alfeo las lágrimas. Corre este río por unas partes descubierto y encubierto por otras; ya por encima, ya por debajo de la tierra. Las lágrimas de los hombres plebeyos se ven, las de los caballeros y señores, no; pero, al fin, son lágrimas. De las lágrimas que se derramaran en el funeral de Germánico, dijo Cornelio Tácito: *Perisse Germanicum, nulli iactantius maerent, quám qui maximé letantur*. Dolor hipócrita de una verdadera alegría; pero más verdadero y común, lo contrario. *Qui iactantius laetantur maximé maerent*. La risa en los labios y las lágrimas en el corazón. Pero demus, que ninguno de los mortales llorase, ni en lo de dentro, ni en lo de fuera; sino que riesen todos los ricos y pobres, nobles y plebeyos. ¡Ay! ¡ay entonces del mundo y de los hombres! Porque ¿qué mayor desventura que reír y no llorar lo que verdaderamente es dignísimo de gemidos y lágrimas? Pues es cierto que: *Nibil est miserius misero non miserante se ipsum*.

Más si todo esto, señores, no basta para que la causa del llanto merezca vuestra piedra blanca en su urna, yo en nombre del mismo llanto apelaré de la sentencia a aquel justísimo tribunal, a quien apeló en semejante causa Apeles. Vencido éste en una academia o concurso de pintores, apeló, dijo, al

tribunal de la naturaleza. *Ad Tribunal naturae apello*. Y porque los animales vivos les hacía que se ergañasen con los que él había pintado y, a los pajarillos pintados, acudían los verdaderos, hizo la naturaleza a Apeles la justicia que los hombres le habían negado. Así yo, si el llanto no ha vencido, *apello ad Tribunal naturae*, y sea mi abogado el historiador de la misma naturaleza. Del hombre habla y dice: *Flens animal caeteris imperaturum a suplycis vitam auspicatur, unam tantum ob culpam, quia natus est*. Nace el hombre llorando, dice Plinio, y, sin más culpa que haber nacido, es condenado a perpetuo llanto. Comienzan a una, vida y llanto, para que sepa que, si viene a este mundo, viene para llorar; lo demás, aprenderá después con el arte; el llanto es su naturaleza, y así ya sale maestro natural del llanto. *Non aliud natura sponte quam flere*. Esta es la sentencia irrefragable de la naturaleza y, ésta, la naturaleza del hombre, risible sí, mas nacido para llorar, porque la primera propiedad racional es la potencia de reír, pero el ejercicio del mismo racional, y la vía de la razón, es llorar.

Y si alguno me quisiese oponer que si el hombre nunca riese, estaría siempre ociosa aquella potencia de reír con que nace, en injuria de la naturaleza misma. A semejante instancia no puedo responder como solo filósofo natural (que es lo que he hecho en todo este discurso) pero como filósofo cristiano, sí. Respondo, pues, haciendo esta pregunta: si el hombre, por su primera transgresión, no hubiera perdido la felicidad en que fue criado, ¿lloraría o no? Es cierto que, perseverando en aquél primer estado, no lloraría ni tendría las lágrimas de ahora. Luego, en la felicidad de aquel tiempo, ¿estaría ociosa la potencia de llorar? Pues qué ¿mucho sería que en este tiempo miserable estuviese ociosa la potencia de reír?



Baltazar de Echave "el viejo": Martirio de San Apromiano